



## El archivo de Pablo Guerrero en la BPP

Esteban Duperly

**L**a fotografía que hizo Pablo Guerrero ya no existe. Perteneció a otra época. Nadie sabe si mejor o peor —distinta, dirán los conciliadores— pero ciertamente muy diferente a la fotografía que se practica hoy. Guerrero pertenece a ese pequeño grupo de los últimos fotógrafos análogos que nos van quedando en Medellín, y también en Colombia. Son los hombres y las mujeres de la fotografía química, que dispararon sus máquinas a lo largo de toda la segunda mitad del siglo XX siguiendo las leyes de una técnica inventada cien años atrás e invariable en su objetivo más esencial: impresionar con un golpe de luz una superficie sensible dentro de una cámara oscura. Y con suerte, producir una imagen bella.

Hay una concepción según la cual los fotógrafos se asemejan a los pintores. Pero esa idea está errada, porque los fotógrafos trabajan con luz y no con pigmentos. Es decir, manipulan la energía y no la materia, y en ese sentido se parecen más a los músicos que hacen vibrar el aire. Sin embargo, durante muchos años para que la imagen fotográfica realmente llegara a ser, debía revelarse mediante una serie de baños químicos. Y ahí hay —o había, porque ya no



Fotografía Pablo Guerrero

pasa— un conocimiento involucrado. Un fotógrafo completo era alguien que no solo obturaba una cámara, sino que también revelaba sus películas e imprimía sus fotos. No en vano cuando Ansel Adams quiso enseñar fotografía lo hizo en una trilogía hasta entonces invariable: La cámara-El negativo-La impresión.

La fotografía análoga, que le dicen algunos; la química, que le dicen otros, era un proceso que debía saberse completo. Llegar a dominarlo costaba tiempo, y conseguir la

maestría muchos años. Fotografíar, dice un chiste de fotógrafos, es —o era, ya el chiste no funciona— un acto de fe, porque fe es creer en lo que no se ha visto. O sea, en lo que no se había revelado. Así se disparaba antes, confiando en que la imagen deseada estaba allí y luego emergería sobre el negativo.

Aunque decirlo de esa manera lo hace sonar mágico y no podría ser más equivocado. Para que la imagen fotográfica de verdad saliera bien debía ser planeada, y eso se conseguía

dominando la luz. Sin la ayuda de una pantallita que le devolviera al fotógrafo en el acto y en colores el resultado de su toma, no tenía más remedio que saber exponer muy bien. Medir las zonas oscuras y las luminosas, y los intermedios entre las dos. Concebir la foto en abstracto. Un poco parecido a los pilotos cuando vuelan por instrumentos, que no ven nada que los oriente, pero sus aparatos les dicen que están en la ruta.

Pablo Guerrero representa todo eso. Es un fotógrafo formado en una tecnología anterior en el tiempo y por lo mismo dueño de un conocimiento en el que reposa la sustancia de la técnica fotográfica. Que su archivo esté ahora en la Biblioteca Pública Piloto

es un asunto natural, pues su trabajo bien merece estar junto al de esos otros grandes que tanto conocemos y mencionamos. Y además afianza la vocación de la BPP de ser custodio del patrimonio y la memoria. Patrimonio es todo aquello que amerita ser legado a las generaciones que vienen, y la obra fotográfica que durante décadas consolidó Pablo Guerrero, tanto por técnica como por estética, reúne plenamente la condición.

Decía al principio que la fotografía que hizo Pablo Guerrero ya no existe, porque es una técnica que cada vez nos deja. Pero mientras los fotogramas que disparó estén en la Biblioteca, se conservarán por muchísimos años.